

da del sacerdote, que decía con rencor tranquilo: "paso, que es lo que he hecho toda la noche."

En aquel instante Carlos entraba en la sala arrastrando á su novia Teresita, sofocada y colorada de correr y brincar; y el estallido de sus voces despertó el canapé dormido.

Los novios acababan de llegar de un pintoresco y peligroso viaje, y Carlos parecía descontento de su esposa: se portó de un modo atroz: mientras él dirigía la silla de posta, se empeñó en recostarse á sus pies en una almohada... Las señoras no viajan en almohadas.

—¡Y él me tiró al suelo, Titi!

—¡No es verdad! ¡Además es mentirosa! Fué cuando llegamos á la parada... Ella quiso quedarse y yo no quise.. La gente, lo primero que hace al terminar un viaje es cuidar del alojamiento... y los caballos estaban cansados...

La voz de doña Ana le interrumpió, muy severa:

—Bien, bien, basta de tonterías. Ya corrieron bastante. Siéntate junto á la señora vizcondesa, Teresita... Mira como traes el pelo... ¡Qué barbaridad!...

Siempre le indignara ver á su sobrina, una niña delicada de diez años, brincar de aquel modo con Carlos. Aquel hermoso y atrevido rapaz, sin doctrina y sin seso, la aterraba; por su imaginación de solterona pasaban ideas raras acerca de los ultrajes que podía inferir á la niña. En casa, cuando la componía para ir á Santa Olavia, le recomendaba que no fuese con Carlos por los rincones oscuros; que no le dejara tocar las faldas... La niña, que tenía los ojos muy lánguidos, decía: "No, Titi;" pero apenas en la quinta gustábale abrazar á su maridito. Si estaban casados, ¿por qué no habían de besarse y abrazarse? Pero el violento muchacho sólo quería guerras, cuatro sillas lanzadas al galope, viajes á

tierras bárbaras cuyos nombres le enseñaba Brown. Ella, despechada, viendo su corazón mal comprendido, le llamaba *arriero*; él amenazaba boxearla, á la inglesa, y siempre se separaban enfadados.

Cuando la niña se acomodó al lado de la vizcondesa, seriecita y con las manos en la falda, Carlos fué á sentarse á sus pies, casi tendido, moviendo las piernas.

—Vamos, hijo, estate quieto—dijo doña Ana con sequedad.

—Estoy cansado; guié cuatro caballos—contestó el rapaz con insolencia, sin mirarla.

De repente, se lanzó de un salto sobre Eusebio. Queríalo llevar al Africa á luchar contra los salvajes, y tiraba desesperadamente de su hermoso *plaid* de caballero escocés, cuando su madre acudió aterrada.

—¡No, con Eusebio no, hijo! No tiene fuerza para esos juegos... Carlitos, oye, te llama el abuelo.

Pero Eusebio rodó por el suelo á consecuencia de un empujón más fuerte, lanzando lastimeros gritos. Se armó una algarabía; hubo una consternación. La madre, trémula, agachada junto á él, le ponía en pie sosteniendo sus piernecitas flacas, limpiándole las gruesas lágrimas con el pañuelo y á besos, casi llorando también. El delegado, consternado, recogió la gorra escocesa y arreglaba la pluma de gallo. La vizcondesa se apretaba con las manos el enorme seno, como si las palpitations la sofocasen.

Eusebio fué colocado preciosamente al lado de Titi, y la severa señora, con un resplandor de cólera en el descarnado rostro, apretando el cerrado abanico como un arma, preparábase á repeler á Carlos que, con las manos en la espalda y apoyado en

el canapé, se refa y hacía muecas insolentes á Eusebio. Pero en aquel momento daban las nueve y apareció en la puerta la alta figura de Brown.

Apenas lo vió, Carlos corrió á refugiarse detrás de la vizcondesa, gritando:

—¡Aun es muy temprano, Brown; hoy es fiesta, no me quiero acostar!

Entonces Alfonso de Maia, que no se había movido al oír los gritos de Silveirita, dijo desde la mesa de juego con severidad:

—Carlos, tenga la bondad de irse á la cama.

—Hoy es fiesta, abuelo; ha llegado Villaça.

Alfonso de Maia dejó las cartas, atravesó la sala sin decir una palabra, agarró al muchacho por un brazo y arrastrólo por el corredor, á pesar de que se resistía, protestando con desesperación:

—Es fiesta, abuelo, no quiero... ¡Qué dirá Villaça!... ¡Le aseguro que no tengo sueño!

Una puerta, cerrándose, ahogó los gritos. Las señoras censuraron aquel rigor: les parecía incomprendible: el abuelo le dejaba cometer toda clase de horrores y no le permitía quedarse ahora un minuto más...

—¿Por qué no le dejó usted, don Alfonso?

—Es necesario método, mucho método—contestó, pálido á consecuencia de su rigor.

Y en la mesa de juego, cogiendo los naipes con mano trémula, repitió:

—Es necesario método. Los niños duermen de noche.

Dofia Ana, volviéndose para Villaça, que cediera su sitio al delegado y estaba ahora con las señoras, tuvo aquella sonrisa muda que llamaba siempre á sus labios Alfonso de Maia al hablar de "métodos."

Después, reclinándose en el respaldo de la silla, dijo con tremenda ironía que sin duda por su falta

de inteligencia jamás había entendido las ventajas de los "métodos." Tal vez fueran buenos en Inglaterra, pero, si no estaba trascordada, Santa Olavia era del reino de Portugal.

Y como Villaça inclinaba tímidamente la cabeza, la experta señora, en voz baja para que Alfonso no la oyese, despotricó. El señor Villaça no lo sabía; pero la educación que se daba á Carlitos no la aprobaba ningún amigo de la casa. Ya la presencia de Brown, un herético, un protestante, como preceptor de un Maia, había escandalizado en Resende. Sobre todo cuando había aquel santo varón, don Custodio, tan sabio, tan piadoso. No enseñaría al muchacho habilidades de acróbata; pero le daría la educación que compete á un hidalgo, le prepararía para que se presentase bien en Coimbra.

Como entonces el sacerdote, teniendo una corriente de aire, cerrara el portier, doña Ana, segura de que Alfonso no podía oírla, levantó la voz:

—Crea usted que Custodio tuvo un disgusto, señor Villaça. Carlitos no sabe una palabra de doctrina... Quiero contarle lo que le ocurrió á la Macedo.

Villaça ya estaba enterado.

—¡Ah! ¿Ya lo sabía? ¿Te acuerdas, vizcondesa? Lo que se horrorizó la Macedo...

La condesa suspiró y lanzó una mirada al cielo á través del techo.

—Fué tremendo... La pobre señora no sabía lo que le pasaba... Yo también me impresioné. Soñé tres noches seguidas en ello.

Calló un instante. Villaça, embarazado, daba vueltas á la caja del rapé entre los dedos y tenía la vista fija en la alfombra. Quedaron de nuevo soñolientos. Dofia Eugenia, con los párpados pesados, añadía malla tras malla á su labor, y la novia de Carlos, echada en un extremo del sofá, dormía, con

la boquita abierta y su hermoso pelo tendido por el cuello.

Doña Ana, después de bostezar, añadió:

—Sin contar que el niño está muy atrasado. A no ser un poco de inglés, no sabe nada... No tiene ninguna buena cualidad.

—Pero es muy listo, señora—replicó Villaça.

—Es posible—contestó secamente la experta Silveira.

Y volviéndose hacia su sobrino, que estaba inmóvil como si fuera de yeso:

—Hijo, dí al señor Villaça aquellos lindos versos que sabes... ¡No seas testarudo, anda!... Ea, sé obediente, Eusebio...

Pero el muchacho, enfurrufiado y tristón, no se despegaba de las sayas de Titi; tuvo ésta que ponerse en pie y sostenerlo para que el tierno prodigio no se bamboleara; la mamá le prometió que si decía los versitos le dejaría dormir aquella noche en su cama.

Esto le decidió y con un hilo de voz, en tono aburrido, fué diciendo:

E noite, o astro saudoso
Rompe a custo un plumbeo céu;
Tolda-lhe o rosto formoso
Alvacento, humido véo...

Recitó la composición entera, con los ojos mortecinos fijos en Titi. La mamá seguía el compás con la aguja del *crochet*, y la vizcondesa, poco á poco, con una sonrisa de cansancio, iba cerrando los párpados.

—¡Muy bien, muy bien!—exclamó Villaça impresionado cuando Eusebio terminó, cubierto de sudor.
—¡Qué memoria! ¡Qué memoria! ¡Es un prodigio!...
Los criados entraban con el té. Los jugadores ha-

bían acabado la partida; y el buen Custodio de pie, con la taza en la mano, quejábbase amargamente de la poca suerte que tuviera.

Como el día siguiente era domingo y había misa temprano, las señoras se retiraron á las nueve y media. El servicial señor delegado daba el brazo á doña Eugenia; un criado de la quinta alumbraba el camino, y el lacayo de las Silveiras llevaba á cuentas á Eusebio, que parecía un fardo oscuro, envuelto en mantas y con un chal en la cabeza.

Después Villaça acompañó un momento á Alfonso de Maia á la biblioteca, donde, antes de recogerse, tomaba siempre coñac y soda.

El aposento, al que los viejos estantes de chicananda daban un aspecto severo, estaba tibiamente adormecido en la penumbra suave, con las cortinas bien cerradas, llameando el fuego de la chimenea y esparciendo clara luz sobre la mesa cubierta de libros el globo de la lámpara. Abajo cantaban las ranas en el silencio de la noche.

Mientras el criado acercaba una mesita baja á la poltrona de don Alfonso, que se preparaba á beber el cognac, Villaça, con las manos en los bolsillos, de pie y pensativo, miraba las ascuas que se cubrían de blanca ceniza. Después levantó la cabeza y murmuró:

—Es listo ese muchacho.

—¿Quién? ¿Eusebio?—exclamó Alfonso que cargaba la pipa.—Me da lástima, Villaça. A Carlos no le gusta y hace poco tuvimos un disgusto horrible... Hace ya unos meses. Había una procesión y Eusebio debía ir vestido de ángel... Las Silveiras, pobres señoras, lo enviaron acá para que lo viera la vizcondesa. Nos distrajimos y Carlos, que ya le ace-

chaba, se lo lleva al jardín y... imagine usted, Villaça... Imagine usted nuestro terror cuando aparece Eusebio hecho una lástima. Tenía un ala arrancada del todo y caída la otra por la espalda, la corona hundida hasta el pescuezo y los galones de oro, las lentejuelas, todas las prendas celestiales hechas jirones... En fin, un ángel desastrado, lastimoso... Todo era obra de Carlos.

Bebió la mitad de la soda y añadió con evidente satisfacción:

—Es de la piel del diablo, Villaça.

El administrador sonrió, después quedó callado, mirando á Alfonso, con las manos en las rodillas, como abstraído. Iba á decir algo, pero se contuvo; tosió levemente y continuó mirando las brasas.

Alfonso, con las piernas estiradas hacia el fuego, continuó hablando de Eusebio. Tenía tres ó cuatro meses más que Carlos pero estaba esmirriado por una educación á la portuguesa: aun dormía en el cuarto de las criadas, nunca le lavaban para no constiparle y le envolvían en franelas. Pasábase los días pegado á las sayas de Titi recitando versos, aprendiéndose de memoria el *Catecismo de la Perseverancia*. El, por curiosidad, abrió un día aquel libraco y leyó "que el sol da vueltas alrededor de la tierra y que Dios da cada día órdenes al astro para decirle á dónde ha de ir y dónde ha de pararse." Y así le preparaban para ser bachiller...

Villaça se rió silenciosamente. Después, como tomando una decisión, hizo crujir los dedos, se levantó y dijo:

—¿Sabe V. E. que ha aparecido la Monforte?

Alfonso, sin mover la cabeza, preguntó tranquilamente, envuelto en el humo de la pipa:

—¿En Lisboa?

—No, señor; en París. La vió Alencar, ese mu-

chacho que escribe y que iba tanto al palacio de Arroios... Estuvo en casa de ella.

Callaron. Hacía años que no se pronunciara entre ellos el nombre de María Monforte. Al principio, cuando se retiró á Santa Olavia, la mayor preocupación de Alfonso fué arrancarle la hija que se llevara consigo; pero las pesquisas de la policía no dieron ningún resultado y no se pudo descubrir en las capitales de Europa la *toca da fera*, como decía Villaça. Habrían cambiado de nombre ambos y dada su naturaleza bohemia ¿quién sabe si habían ido á América, á la India, á una región aun más exótica? Luego, poco á poco, descorazonado por aquellas pesquisas infructuosas, ocupado en el niño que creía hermoso y robusto, Alfonso fué olvidando á la Monforte y á su otra nieta, tan lejana, tan vaga, de la que no conocía las facciones y ni apenas el nombre. ¡Y ahora, de pronto, la Monforte aparecía de nuevo en París! ¡Y su pobre Pedro estaba muerto! ¡Y aquella criatura que dormía en el fondo del corredor, no había conocido á su madre!...

Se levantó, paseó por el aposento con la cabeza baja. Junto á la mesa, al pie del candelabro, Villaça examinaba los papeles de su cartera.

—¿Está con el italiano?—preguntó Alfonso.

Villaça levantó la cabeza y dijo:

—No, señor: está con quien la paga.

Y como Alfonso se aproximara á la nuera, sin decir una palabra, Villaça, dándole un papel doblado, añadió:

—Estas cosas son muy graves, don Alfonso, y no quiero fiarme de mi memoria. Por esto le pedí á Alencar que me escribiera en una carta cuanto me contara. Así tenemos un documento. Yo no sé más de lo que aquí está escrito... Lea S. E...

Alfonso desdobló las dos hojas de papel. Era una

relación sencilla que Alencar, el poeta de *Voces d'Aurora*, el estilista de *Elvira*, adornara de flores y de galones dorados, como capilla en fiesta.

Una noche, al salir de la *Maison Dorée* vió á la Monforte saltar de un coche, acompañada de dos hombres vestidos de etiqueta. Se reconocieron; quedaron vacilando un momento, uno en frente de otro, bajo la luz del gas en la acera. Fué ella la que, muy decidida, alargó la mano á Alencar, pidióle que la visitase, le dió la dirección y el nombre por que debía preguntar: Mme. de l'Estorade. A la mañana siguiente, en su *boudoir*, la Monforte habló extensamente de sí. Vivió tres años en Viena con Tancredo y con su padre que fué á reunírseles. Después habían estado en Mónaco y allí, á consecuencia de un "drama pasional", el italiano murió en duelo. El papá murió también aquel año, dejando apenas unos millares de francos: el lujo de la hija y el *baccarat* de Tancredo le habían arruinado. Pasó entonces una temporada en Londres: de allí volvió á París con M. de l'Estorade, un jugador, un espadachín á quien acabó de arruinar y que la abandonó cediéndola su nombre, porque tenía el propósito de adoptar otro más rimbombante: *Vicomte de Mannerville*. En fin, pobre, bella, descarriada, se lanzó á la existencia de aquellas mujeres que, como decía Alencar "tienen su encarnación en Margarita Gautier, la heroína de Dumas, el tipo sublime á quien mucho se perdonó porque mucho había amado." Y el poeta terminaba así: "Está ahora en todo el esplendor de su belleza, pero llegarán las arrugas, y entonces ¿qué verá en torno suyo? ¡Las rosas secas y ensangrentadas de su corona de esposa! Salí de aquel *boudoir* perfumado, con el alma desgarrada, Villaça. Pensaba en mi pobre Pedro que yace entre las

raíces de los cipreses. Y sin ilusión por esta vida, fuí á pedir al ajenjo una hora de olvido."

Alfonso de Maia arrojó la carta, menos enojado de las torpezas de la historia que de aquel lirismo relamido.

Volvió á pasear mientras Villaça recogía religiosamente la carta que había leído ya muchas veces, enamorado de su estilo, del sentimiento que, á juicio suyo, campeaba en aquellas páginas.

— ¿Y la niña?

— No sé nada de ella. O Alencar no le hablaría de ella ó quizá ignora que se la llevó. Nadie lo sabe en Lisboa. Es un detalle que pasó inadvertido; pero tengo para mí que la niña murió. Vea usted en qué me fundo. Si viviera su madre podría reclamar la legítima que corresponde á la niña. Sabe que S. E. es rico. En casa de esas mujeres á lo mejor no hay un céntimo. Con pretexto de la educación y manutención de su hija ya nos hubiese importunado. Escrupulos no tiene. Si nada reclama, es que la niña murió.

— Tal vez, — contestó el viejo.

Y añadió, deteniéndose ante Alfonso que volvía á mirar el fuego.

— Tal vez... Supongamos que murieron ambas y no se hable más del asunto.

Daba media noche. Fuéronse á acostar. Y durante los días que Villaça pasó en Santa Olavia no volvió á pronunciarse el nombre de María de Monforte.

Pero la víspera de la partida del administrador para Lisboa, subió Alfonso á su habitación para entregarle el regalo de Pascua que Carlitos mandaba á Villaça Junior, un alfiler magnífico, y le dijo cuando aquél le daba las gracias:

— Ahora otra cosa, Villaça. Lo he pensado bien. Quiero escribir á mi primo Noroña que, como usted

sabe, vive en París, para pedirle que vea á esa mujer y le ofrezca diez ó quince contos de reis á cambio de su hija... suponiendo que esté viva... Y quiero que Alencar le diga á usted donde vive esa mujer en París.

Villaça no contestó, ocupado en ordenar sus cachivaches dentro de la maleta. Después que acabó miró á Alfonso que le decía:

—¿Qué le parece, Villaça?

—Me parece arriesgado.

Y adujo razones. La niña debía tener ya trece años. Era ya una mujer, con su temperamento formado, tal vez con sus costumbres... No hablaría en portugués... Los recuerdos de su madre deben ser terribles... En fin, don Alfonso introducía una extraña en casa...

—Tiene usted razón, Villaça. Pero la mujer es una prostituta y la niña es de mi sangre.

En aquel instante, que llamaba al abuelo desde el corredor, precipitóse en el aposento como una tromba, desgrefiado, rojo como una cereza.

Brown había cogido una lechuza pequeña, quería que el abuelo la viese, le había buscado por todas partes... Hacía morir de risa... Era pequeña, muy fea, toda pelada, con unos ojazos tremendos. Sabían donde estaba el nido...

—¡Ven aprisa, abuelo! Hay que volverla al nido, á causa de la lechuza vieja que se desesperará... Brown le da aceite. Ven á verla, Villaça. ¡Abuelo, por el amor de Dios! ¡Tiene una cara tan extrañal

Aprisa, aprisa, que la lechuza vieja notará la falta! E impacienta por la lentitud risueña del abuelo y por tanta indiferencia por el dolor de la lechuza vieja, salió tan rápido como entrara.

—¡Qué buen corazón!—exclamó Villaça conmovido.—Pensar en la pena de la lechuza... Su madre

no se acuerda de él... Siempre dije que era una fiera.

Alfonso se encogió tristemente de hombros. Estaban ya en el corredor cuando dijo en voz baja:

—Me olvidaba de decirle, Villaça, que Carlitos sabe ya que su padre se mató...

Villaça abrió los ojos asustados. Era verdad. Una mañana Carlos entró en la biblioteca, y le dijo:—¡Abuelo, papá se mató con una pistola!—Algún criado se lo contaría.

—¿Y qué contestó S. E.?

—¿Qué remedio? Díjele que sí. He hecho cuanto Pedro me dijo en la carta que me dejó. Quiso ser enterrado en Santa Olavia; aquí está. No quería que su hijo supiera la fuga de su madre, y no ha de saberla por mí. Quiso que dos retratos de ella que había en Arroios fuesen destruidos; ya no existen. Pero no me pidió que ocultara su fin al niño. Por eso dije la verdad al pequeño; díjele que en un momento de locura se había matado su padre...

—¿Y él?

—¿El?—contestó Alfonso sonriendo—me estuvo torturando toda una mañana preguntándome quien le había dado la pistola y pidiéndome una... Tuve que enviar á Oporto por una pistola de viento...

Pero oyendo que Carlos chillaba abajo pidiendo el abuelo, bajaron ambos y hubo que admirar la lechucita.

Villaça partió al día siguiente para Lisboa.

Dos semanas después Alfonso recibió una carta del administrador diciéndole que había vuelto á casa de Alencar para pedirle si recordaba algo de la niña. Le había dicho que sí; que en el *boudoir* de la Monforte había el retrato de una lindísima niña, de ojos y pelo negros. Se fijó en la pintura no sólo porque era de un gran pintor inglés, sino porque sobre

el marco había una corona de flores de cera blancas y rosadas. Preguntó á María y le dijo que era el retrato de la niña que se le murió en Londres. "Están así disipadas todas las dudas, añadía Villa^{ma}a. El pobre angelito está en una patria mejor. ¡Y para ella mucho mejor!"

Alfonso, sin embargo, escribió á Noroña. Tardó en contestar porque cuando trató de visitar á Mme. de l'Estorade, hacía unos días que ésta había partido para Alemania, vendiendo muebles y caballos. En el *Club Imperial*, le dijo un amigo que la viuda había escapado con cierto Catanni, acróbata del Circo de Invierno, hombre de formas magníficas, un Apolo de feria que todas las cocottes se disputaban y que se decidió por la Monforte. Corría, pues, por Alemania, en compañía de saltimbanquis.

Alfonso de Maia envió aquella carta, sin un comentario, á Villaça. El buen hombre contestó: "Tiene S. E. razón, es atroz, y más vale pensar que todos murieron y no gastar más cera con difuntos tan ruines..." Luego en una postdata añadía: "Parece decidido que en breve se inaugurará un ferrocarril hasta Oporto: en tal caso con permiso de V. E., iré con mi chico á pedirles unos días de hospitalidad."

La carta se recibió en Santa Olavia un domingo. Alfonso leyó la postdata. Todos se alegraron con la esperanza de ver en breve al buen Villaça y hasta se trató de organizar un pic-nic río arriba.

Pero el miércoles por la noche llegaba un telegrama de Manuel Villaça diciendo que su padre murió aquella mañana de una apoplejía: dos días después llegaron los tristes pormenores. Después del almuerzo fué cuando Villaça sintió ahogo y desvanecimiento; tuvo aun fuerza para ir al cuarto á respirar un poco de éter; pero al volver al comedor

tambaleábase, se quejaba de verlo todo amarillo y cayó de bruces en el sofá. Su pensamiento, que se extinguía para siempre, recordó todavía en aquel instante la casa que durante treinta años administrara, y murmuró con un último soplo estas postresas palabras: *Recuerdos al señor.*

Alfonso de Maia quedó profundamente afectado por aquella muerte, y en Santa Olavia fué, hasta para los criados, como un duelo doméstico. Una de aquellas tardes estaba el viejo muy melancólico en un rincón de la biblioteca con los ojos cerrados, cuando Carlos, que estaba recortando un papel, le pasó un brazo por el cuello y le preguntó si Villa^{ma}a no volvería á verles por la quinta.

—No, hijo, jamás. Ya no volveremos á verlo.

El niño, entre las rodillas y brazos del viejo, miraba la alfombra y, como haciendo memoria, murmuró:

—Pobre Villaça... hacía crujir los dedos... ¿Dónde le llevarán, abuelo?

—Al cementerio, hijo, bajo tierra.

Entonces Carlos se desprendió despacio del abrazo de su abuelo, y dijo mirándole muy serio:

—¿Por qué no le mandas hacer una capillita de piedra, con una estatua, como tiene papá?

El viejo le estrechó conmovido y le besó.

—Tienes razón, hijo. ¡Tienes más corazón que yo! Así el buen Villaça tuvo su panteón en el cementerio de Prazeres, lo cual fuera la más alta ambición de su existencia modesta.

Otros años tranquilos pasaron en Santa Olavia.

Después, una mañana de Julio, en Coimbra, Manuel Villaça (administrador de la casa ahora) subía

las escaleras del Hotel Mondego, donde Alfonso se hospedaba con el nieto, y entraba en la sala colorado, sudando y gritando:

—¡Neminé! ¡Neminé!

Carlos había hecho su primer examen. ¡Y qué examen! Teixeira, que había acompañado á los señores á Santa Olavia, corrió á la puerta y abrazóse casi llorando al niño, que ya era más alto que él y estaba muy guapo con su traje nuevo.

Arriba en el cuarto, Manuel Villaça, soplando aún, limpiábase el sudor y decía:

—¡Estoy espantado, don Alfonso! Los profesores estaban conmovidos. ¡Ay Jesús! ¡Qué talento! ¡Todos dicen que va á ser un grande hombre!... Y, ¿qué carrera seguirá, señor?

Alfonso que paseaba, trémulo, contestó sonriendo:

—No sé, Villaça... Quizá estudiaremos derecho.

Carlos se asomó á la puerta, seguido de Teixeira y de otro criado, que traía una bandeja con *champagne*.

—Ven acá, remolón dijo Alfonso, muy pálido, con los brazos abiertos.—Buen examen, ¿eh?... Yo...

Mas no pudo continuar: las lágrimas, dos á dos, corríanle por la barba blanca.

IV

Carlos estudiaba medicina. Y, como decía el doctor Trigueiros, siempre tuvo el muchacho una "vocación por Esculapio."

La "vocación," se reveló un día que descubrió en un cuarto de trastos viejos, entre varios papeles, un rollo manchado y antiguo de láminas anatómicas; se pasó una porción de días recortándolas, y pegó luego en las paredes, hígados, intestinos, cabezas de perfil, brazos y piernas. Una noche entró triunfalmente en la sala para enseñar á las Silveiras, á Eusebio, la pavorosa litografía de un feto de seis meses en el útero materno. Doña Ana retrocedió lanzando un grito y tapándose la cara con el abanico y el señor delegado, ruborizado también, púsose á Eusebio entre las rodillas y le tapó la cara con la mano. Pero lo que más escandalizó á las señoras, fué la indulgencia de Alfonso.

—¿Qué les pasa? ¿Qué les pasa?—preguntó sonriendo.

—¿Qué tenemos, don Alfonso?—exclamó doña Ana.—Esta lámina es indecente.

—No hay nada indecente en la naturaleza, querida señora. Lo indecente es la ignorancia... Dejen al rapaz. Quiere saber cómo está formada por dentro esta pobre máquina; nada más loable...